

Derechos humanos, racismo y xenofobia

F. Javier BLAZQUEZ RUIZ

I. INTRODUCCION

Inicialmente es preciso señalar que el fenómeno de la xenofobia no puede circunscribirse a un espacio determinado ni tampoco a un tiempo preciso. Es un fenómeno universal, a modo de constante, que se manifiesta intermitentemente, que ha estado presente en diversas épocas y lugares de la historia. Sin embargo, tal y como señala María Zambrano «cada época se justifica ante la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella»¹. De ahí nuestro objetivo de intentar elucidar y desvelar, en estas páginas que siguen, algunas claves de la lógica propia del discurso xenófobo y racista, con su consiguiente *producción* de verdad. Todo ello en el contexto de la violación de derechos humanos en los países industrializados de Occidente.

1. Al igual que el racismo, la xenofobia merece ser conceptualizada, desde un principio, como resultado del «fracaso de la relación» humana². Y tanto uno como otro, emergen a veces intempestivamente, en situaciones y contextos condicionados por factores de diversa naturaleza, principalmente *críticos*, de debilidad, ante la clara dificultad, v.g., de establecer principios armónicos o estructurales de la organización de la respectiva sociedad, etc.

A este respecto en buena medida la situación que ha vivido secularmente Europa podría caracterizarse en buena medida de paradigmática. Teóricamente la cultura occidental ha venido forjándose en la defensa de la universalización de los valores. Lo cual implicaría que el respeto a la alteridad conlleva históricamente que es preciso acoger al otro. Pero ¿a qué otro? podemos preguntar, ¿qué alteridad?, y en definitiva ¿a qué precio? O lo que es lo mismo, traducido en un lenguaje más preciso, se acoge al otro, pero sólo a aquel que acepta, como señala Guillaume, esta «universalización reductora»³.

De este modo la estrategia e imposición, tácita o explícitamente, del tradicional *etnocentrismo* se convierte en moneda común, pero no de mediación o intercomunicación, sino aplicada en sentido unidireccional: inintercambiable. Y es que, desde tiempos inmemoriales los bárbaros han existido permanentemente, pero siempre han sido identificados como los *otros*, y por consiguiente, tal y como señala Enzensberger en su lúcido ensayo sobre *La gran migración*,

no es preciso esperar a que lleguen *hic et nunc* de afuera.

Lamentablemente abundan por exceso los bárbaros dentro, que precisamente por serlo, no son capaces de reconocerse como tales⁴. Bárbaros que ignoran la historia y cultura, no solo la ajena sino incluso también la propia, y cuya actitud irracional eclipsa y reniega de la propia *condición* humana. Su actitud delata la eclosión impetuosa e irreflexiva de la biología más instintiva y ciega, que manifiesta y exalta, como veremos más adelante, su más íntima naturaleza animal.

2. Por una parte es un hecho constatable y difícil de refutar que actualmente la sociedad occidental se encuentra, en la situación de hacer frente a una evidente crisis económica y social, que no puede calificarse de irreal. Pero al mismo tiempo tiene lugar una particular *percepción*, en cierto modo *coloreada* de esa realidad, que provoca, podría decirse, unos efectos ópticos, a veces deformantes.

Sociológicamente hablando, los problemas irrumpen y se manifiestan a veces de forma acuciante, al tiempo que la falta de horizonte próximo añade una preocupación más a la realidad vivida. Y en ese contexto la presencia del otro, del extraño o extranjero, diverso por su color, raza, cultura, religión, costumbre, hábitos, etc. se percibe de una u otra forma, como una cierta amenaza o peligro potencial. A partir de ahí los discursos de explicación y justificación de la desigualdad, diferenciación, discriminación o segregación, seguirán una lógica irreversible. Tal y como denunciaba Sartre en sus *Reflexions sur la question juive*, el judío estaba definido principalmente por la mirada del otro, ya que «Es el antisemita quien crea al judío»⁵.

Curiosamente, sin embargo, en países europeos como Francia, Inglaterra o Alemania, hasta épocas relativamente recientes, ha estado más presente la preocupación por el problema de la *emigración* que por el de la *inmigración*. En Irlanda, v.g., como consecuencia de la explotación ejercida por Inglaterra, la población decreció ostensiblemente a causa de la emigración. Hasta el punto de que, como recuerda Enzensberger, entre 1851 y 1901, es decir en cincuenta años, abandonaron el país aproximadamente el 70 por 100 de los irlandeses⁶.

En lo que respecta a la inmigración, en tiempos recientes de crecimiento y desarrollo económico, el in-

¹ *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987, pág. 19.

² Según la acertada expresión de Albert Memmi, cf. Wiviorka, M., *L'espace du racisme / El espacio del racismo*, Paidós, Barcelona, 1992, pág. 180.

³ «El otro y el extraño» en *Revista de Occidente*, El otro, el extranjero, el extraño, Madrid, enero 1993, pág. 47.

⁴ Enzensberger, H. M., *Die Große Wanderung. Dreindreißig Markierungen / La gran migración*, Barcelona, Anagrama, 1992, pág. 74.

⁵ Sartre, J. P., París, Gallimard, 1954, pág. 173. Cf. Wiviorka, M., *op. cit.*, pág. 70.

⁶ *Ibidem*, pág. 39.

dice de inmigrantes ha sido, como es bien sabido, considerable. Así Estados Unidos en los últimos años había recibido la llegada de diez millones de mexicanos. Francia, tres millones de magrebíes y Alemania hasta cinco millones de extranjeros, de los que unos dos millones eran turcos. Y puede decirse que al menos en términos generales y en esos momentos, precisamente por ser necesarios, fueron admitidos, tolerados y aceptados. Otra cosa es la *integración* y sus implicaciones, de la que hablaremos después.

Desde hace tiempo los demógrafos vienen advirtiéndolo, que las migraciones de los países del sur hacia el norte van a ser una constante permanente y progresiva en número. Y según dichos estudios, hasta el momento presente, tan sólo se han puesto en movimiento una pequeña cantidad de potenciales migratorios. De ahí que en un futuro próximo, el número de personas itinerantes sea extraordinariamente mayor. De otra forma sería difícil, previsiblemente, paliar los peligros que pueden producirse a corto plazo debido al envejecimiento progresivo de la población y al bajo índice de natalidad. Los informes técnicos indican que será preciso incorporar gente joven para restablecer el cuadro ajustado de edades⁷.

Claro que ese sentimiento y percepción de movilidad, de apertura, de necesidad del otro de franquear límites, provoca al mismo tiempo una reacción que se traduce a veces en una especie de respuesta alérgica xenófoba, de miedo más o menos racista, que pretende en última instancia servir de escudo y coraza para proteger el inconfesable e irredento egoísmo⁸.

3. A este respecto, conviene precisar que el término «racismo» es en cierto modo reciente y novedoso. Históricamente el concepto de raza se introdujo en el vocabulario europeo a fines del siglo XV, pero tarda en imponerse como categoría conceptual hasta el siglo XIX. Así los historiadores señalan cómo la idea de racismo emerge en el siglo pasado, con motivo de la combinación y mezcla de factores políticos, sociales y económicos diversos, tales como colonialismo, auge de la ciencia e industria, desarrollo de las ciudades, inmigración, *encuentro* de poblaciones, y finalmente irrupción de los nacionalismos⁹. De hecho como señala Wiewiorka, el término «racismo» es acuñado propiamente en pleno siglo XX, en el período comprendido entre las guerras mundiales, aunque sólo después de los horrores del nazismo «empezó a cobrar plena validez¹⁰».

⁷ Según Enzensberger en EE.UU. será precisa la incorporación de cuatro a diez millones de jóvenes anualmente y en Alemania un millón aproximadamente *op. cit.*, pág. 66

⁸ En palabras de Bataille «Nunca el vasto despojo del naufragio humano deja de derivar a lo largo de un río sordo al ruido de nuestros discursos» *Le coupable. L'Alléluiah / El culpable*, Madrid, Taurus, 1986, pág. 29).

⁹ Wiewiorka, M., *op. cit.*, pág. 30.

¹⁰ Wiewiorka, M., *op. cit.*, pág. 27.

¹¹ A. de Tocqueville y Max Weber contribuyen con sus trabajos a elaborar la primera sociología del racismo, si bien sus tesis eran contrarias a considerar a la raza como un principio satisfactorio de explicación de las relaciones sociales. Posteriormente

Claro que si bien la noción de racismo es, como decimos, de reciente aparición, así como su tratamiento sistemático, fechado en la primera mitad del siglo XIX, sin embargo no sucede así con el hecho del fenómeno del racismo¹¹. Este se había manifestado en nuestra cultura, como consecuencia de la situación de dominación ejercida por Europa, a partir del encuentro con el Otro. Las experiencias de convivencia tanto por parte de Gran Bretaña, Francia o España pueden ser ilustrativas.

Tal y como señala H. Arendt, la experiencia colonial británica y su proyecto político de construir un imperio conlleva el desembarco en un país extranjero con el objetivo de gobernar, pero no propiamente de colonizar, y para ello se sirve de castas cerradas¹². Así el racismo colonial británico puede ser considerado como *biológico* en la medida en que excluye la relación de contacto directo con las poblaciones autóctonas. La estrategia biopolítica era clara: para dominar vastas extensiones de terreno y controlar una población tan numerosa precisaba *economizar* y rentabilizar al máximo sus recursos humanos. Para lo cual se sirvió de controles indirectos y de mediaciones entre castas. *El Panóptico* de Bentham no había sido escrito todavía, pero sus objetivos se habían cumplido ya previamente, al margen de la diversidad de contextos, con la experiencia de control y dominación británica.

Existía culturalmente entonces un gran interés por conocer, comprender y explicar las creencias, comportamientos y hábitos de las nuevas comunidades. Pero el propósito era preciso e inequívoco: el conocimiento posibilita y facilita el ejercicio del poder. Poder para gobernar sin necesidad de mezclarse biológicamente¹³.

Distinta era la práctica colonialista ejercida por Francia. Puede decirse que los galos «abrazaban» en términos abstractos el color diferente; la discriminación era de otra naturaleza y gradualmente menor que la ejercida por otras potencias coloniales, aunque, como indica Basteiner, personalmente se le trataba también como «autre» en la relación más directa o personal¹⁴.

En cuanto al colonialismo español, cabe señalar que tras el contacto y la convivencia histórica de tres culturas y religiones distintas, y por razones de *política territorial*, podríamos decir, el racismo practicado no es de carácter biológico como el inglés. La apropiación de la tierra en nombre de la corona, la necesidad de extender la población requería *mezclarse* con el indígena. Se apropia la tierra del aborigen, lo expropia y esclaviza. Al tiempo que como el francés nacionaliza al pueblo colonizado¹⁵.

Durkeim, en 1894 aportará igualmente elementos de indudable interés sociológico, al responder explícitamente ante un cuestionario sobre el antisemitismo «Cuando la sociedad sufre, experimenta la necesidad de encontrar a alguien a quien imputar el mal, y sobre él se venga de su decepción» Cf. Wiewiorka, pág. 36.

¹² *The Origins of Totalitarianism / Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1987. Cf. Wiewiorka, M., *op. cit.*, pág. 79.

¹³ Basteiner, M. A., «Un racismo de servicio», *Revista de Occidente*, El Otro, el extranjero, el extraño, Madrid, enero, 1993, pág. 144

¹⁴ *Ibidem*

¹⁵ *Ibidem.*, pág. 145.

II. LA JUSTIFICACION DEL RACISMO Y LA XENOFOBIA

1. Tal y como señala Enzberger, toda migración provoca conflictos, al margen de la causa inicial que la haya causado. Esa realidad migratoria se encuentra frente a frente con el egoísmo de grupo y la respectiva xenofobia excluyente. Y es que si bien, como señalábamos al principio, es muy posible que todas las culturas sean más o menos racistas, sin embargo, «lo esencial para diplomarse en racismo es siempre la oportunidad»¹⁶.

Como es bien sabido las migraciones son consecuencia de factores diversos. Unas veces como resultado de guerras civiles y enfrentamientos bélicos o persecuciones políticas. Otras por razones de política económica, ahora también por el elevado crecimiento demográfico. De cualquier modo y como consecuencia de todas esas variables, la movilidad ha aumentado progresivamente en los dos últimos siglos. Aunque como señala explícitamente D. Bell, el principal problema de un futuro próximo, tendrá que ver más precisamente con el *desequilibrio* entre poblaciones jóvenes y viejas, y sus implicaciones prácticas.

Conviene recordar retrospectivamente, en el pasado reciente, cómo desde un punto de vista económico, la expansión y crecimiento que venía manifestándose hasta los años setenta, se vio afectada negativamente por la crisis desatada tras la gurma del petróleo entre 1973 y 1976, lo cual provocó una actitud de retraimiento y contención. Sin embargo hasta cerca de los noventa no se había producido una ruptura tan drástica hacia los movimientos migratorios, como es el caso de Alemania, Francia, EE.UU., etc.

La explicación no parece ofrecer mayor complejidad. El declive económico afecta directamente a la población en su vida diaria y expectativas de futuro. Los recursos son manifestamente menores, y además es preciso compartirlos con otros huéspedes que, por otra parte, no han sido invitados. A partir de ahí la escasez va a construir barreras infranqueables, que cierran las vías antes abiertas en las épocas pretéritas de desarrollo. Como consecuencia, tanto los subsidios sociales, asistencia sanitaria o seguridad social, sean examinados y medidos con criterios distintos a los precedentes.

En ese contexto tanto la xenofobia como el racismo muestran su sentido funcional, al erigirse como medios o instrumentos de choque para evitar el reparto o acceso a participar en nuestro *sagrado* e intocable bienestar. No a de extrañar por ello, que como ya advirtiese Durkheim, la teoría del mecanismo del *chivo expiatorio* vaya tomando carta de naturaleza a medida que se acrecienta la crisis o el funcionamiento *anómalo* de la sociedad. La identificación del mal, encarnado en el otro, diverso por su color, o proveniencia, sirve de catalizador de frustraciones, temores, miedos y decepciones. Siempre es más fácil exculparse que reconocer las propias limi-

taciones o estar dispuestos a corregir errores y asumir responsabilidades.

A partir de ese momento surge la exclusión, discriminación, segregación o agresión, llegado el caso. La xenofobia se centra entonces en el extraño al que advierte como un intruso, pero no tanto por la *diferencia*, cuanto por la *desigualdad*, por su indigencia y pobreza, hacia las que genera actitudes de hostilidad. Ese rechazo del inmigrante pobre, sin trabajo, se ve especialmente encarnado si lleva marcados los rasgos de otra raza considerada como inferior.

El trasfondo de esa actitud es claramente estratégico y particularmente defensivo. Tanto la xenofobia como el racismo son utilizados como móvil, coartada y en última instancia justificación del comportamiento excluyente. Uno y otro devienen así una pócima o media mentis que, como señala Basteiner, pretende *explicarnos a nosotros mismos* «por qué hacemos lo que hacemos»¹⁷.

Y el denominador común de estos comportamientos remite a una dimensión inequívoca, como es la económica. El extraño es tanto más extraño cuanto más pobre. Por el contrario el dinero es *incoloro* y no sabe de fronteras ni límites. Como señala Enzberger, una respetable cuenta corriente acaba, como por arte de magia, con la xenofobia. Su *pregnación* no solo no les impide ser respetados, sino a su vez les convierte en personas respetables para la comunidad en la que se asienta. El dinero no necesita pasaporte y a diferencia del hambre sabe sortear obstáculos y franquear barreras.

Por todo lo cual el Otro se representa como una amenaza, no tanto por su color, o sus diferencias, sino porque aspira a compartir cuotas de bienestar pues pretende participar en el reparto. Y para justificar ese comportamiento excluyente se pretende evocar el fantasma de imaginar que en el caso de ampliar el número de inmigrantes «el bote» se hundirá también para los moradores que ya estaban dentro.

Paradójicamente se invierte así en sentido metafórico, la realidad, v.g. de los magrebíes que atraviesan el estrecho de Gibraltar conocidos como «pateras». Ese es todo el interés por aproximarse y abordar el problema del extranjero. Es decir, se *utiliza* su situación para obtener el máximo beneficio. Por lo que tanto xenofobia como racismo pasan a ser aviesos instrumentos de maquillaje que pretenden ocultar una realidad, y puedan erigirse, como señala Basteiner en «razones para proteger su sagrado egoísmo»¹⁸.

Otra cosa bien distinta es lo que acontece una vez que los extraños se instalan en el país. A partir de entonces incluso los principios de la economía se transfiguran y sufren una asombrosa metamorfosis. Ya que como indica Enzberger, habitualmente el mercado *negro* se caracteriza por imponer unos precios más altos que en el comercio legal. Sin embargo en el mercado laboral negro, se invierte la relación, debido a que prevalece no ya la ausencia o ca-

¹⁶ Basteiner, M. A., «Un racismo de servicio» *Revista de Occidente*, enero 1993, pág. 144.

¹⁷ Basteiner, M. A., «Un racismo de servicio», pág. 147.

¹⁸ Concretamente respecto al caso español que analiza en estas, sostiene que «el racismo español es la aplicación directa de la forma política que adopta la crisis». *Ibidem.*, pág. 146.

restía, sino por el contrario la abundancia de excedentes; y de ahí que el puesto de su trabajo se abarate¹⁹. El efecto obviamente remite a su causa. El paciente es el inmigrante. Pero el agente que es quien contrata, paga, e impone el precio, es el *nativo* que actúa fuera de la ley y se aprovecha de la situación de desigualdad de condiciones e injusticia, provocando e incurriendo en delito legal, así como en inefable infracción moral.

Se intenta legitimar las actitudes endogámicas, egoístas y beligerantes que se orientan y giran, bajo las más diversas modalidades y apariencias, en torno a un mismo eje: la defensa y exaltación de los intereses individuales. El grupo es útil y sirve para defender y exigir derechos; hasta ahí llega el límite de esa unión, cooperación y solidaridad: *ad intra*. Sin embargo, la otra cara de esa misma moneda es justamente el *desinterés interesado*, y la insolidaridad.

III. MANIFESTACION DEL RACISMO Y XENOFOBIA

Históricamente el mundo occidental se ha visto impregnado considerablemente por la cultura y religión cristiana, y sin embargo, como señala Foucault, el cristianismo se ha interesado siempre mucho más por la historia de sus creencias que por la historia de sus prácticas²⁰.

Las prácticas xenófobas y racistas, a través de las diversas modalidades: discriminación, segregación y violencia entre otras, son un hecho cada vez más preocupante en este fin de siglo, y es difícil que la década de los noventa, que ha asistido ya a su inesperada irrupción, pueda permanecer ajena tanto a la extensión y expansión geográfica de sus actos como a la cruda intensidad de su manifestación.

Actualmente la situación, lamentablemente, es clara: la actitud de discriminación y segregación generan una respuesta constante de *refuerzo* de los factores que por su origen diferenciaban a los inmigrantes, al tiempo que de *rechazo* hacia el nuevo hábitat. De esta forma la dialéctica identidad-diversidad aparece irremisiblemente, sin posibilidad inicial de atisbar vías de superación o síntesis. El desconocimiento y la falta de aproximación al otro, generan así mecanismos de complejo tratamiento y solución.

Claro que analizando su etiología, y particularmente respecto al racismo, es preciso señalar que, como señala Wieviorka, éste no se basa en modo alguno en el conocimiento del otro, sino más bien y justamente en «la ignorancia acerca del mismo»²¹. De hecho una de las formas elementales del racismo es el *prejuicio*, que como ya señalara explícitamente Voltaire se basa precisamente en la falta de conocimiento apropiado y por consiguiente en la ausencia de juicio fundado.

Sin embargo, el prejuicio no permanece inactivo

sino que genera actitudes y comportamientos discriminatorios, que gradualmente constituyen la base o punto de partida de una línea ascendente que culmina con el racismo político y la violencia, como veremos a continuación.

Sucede a veces, como señala Allport, que la conciencia moral rechaza ciertos comportamientos por ser claramente contrarios a los códigos morales más elementales. Sin embargo, en esos casos incluso cuando se produce oposición o conflicto entre esos preceptos de un lado, y la costumbre y el prejuicio por otro, la discriminación no es excluida sino, por el contrario, practicada a través de vías indirectas y ocultas, evitando la manifestación directa para eludir así situaciones que pudieran devenir embarazosas²².

En el racismo pueden distinguirse básicamente dos lógicas operativas. Una que subraya la *desigualdad*, y otra que incide sobre todo en la *diferencia*. El primer tipo de racismo no precisa que el Otro sea visible, ni que la dominación o explotación lo muestren permanentemente en su inferioridad. Como acontecía, o sigue pasando tradicionalmente en determinados lugares de EE.UU. basta con que el negro realice su trabajo, es decir, tareas sucias, duras, penosas. Su indigencia es respetada, tolerada y querida. Precisamente a este respecto, una de las reivindicaciones y denuncias más insistentes de los negros norteamericanos, se basaba en desocultar su *invisibilidad* cuando no su caricatura.

Muy distinto a ese respecto, el racismo que subraya y fomenta la *diferencia*, ya que en éste la víctima debe ser identificada y reconocida. Así en Alemania, v.g. el antisemitismo emerge en una situación histórica en la que los judíos estaban ampliamente integrados, y participaban activamente en el desarrollo del país, renunciando incluso, como señala Wieviorka a los aspectos más representativos y visibles de su religión o cultura específica²³.

Claro que la expresión de discriminación adquiere modalidades muy diversas, respecto de las cuales cabe establecer diferencias de grado. Así la discriminación puede aparecer velada y sutilmente a través de los medios de comunicación, que sólo trata sobre los Otros grupos aportando una imagen de pobreza, alienación, violencia, etc. Así se alimentan los prejuicios que pretenden después confirmar en la práctica dichas imágenes mentales.

Desde una perspectiva psicológica es preciso señalar que el rechazo del Otro, manifiesta la incapacidad de determinadas personas para aceptar la diferencia, y en otros casos la semejanza con el otro o extraño. Incapacidad que como señalan los psicoanalistas se aloja también en el inconsciente y que se expresa de formas muy diversas.

Y es que desde un punto de vista personal, y por extensión de grupo, quien no se acepta a sí mismo por frustraciones, o miedos o expectativas incumplidas, tiene más dificultades para aceptar, compren-

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 45.

²⁰ *Technologies of the Self - Truth, Power, Self / Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós, 1990, pág. 47.

²¹ *El espacio del racismo*, *op. cit.*, pág. 63.

²² Gordon, W. Allport, *The Nature of Prejudice*, Cf. Wieviorka, *op. cit.*, pág. 107.

²³ Una y otra lógica están relacionadas en diversas situaciones, pero habría que decir que en los casos en los que la diferencia está subordinada a la desigualdad, «la estabilidad es mayor que en el caso inverso». Wieviorka, *op. cit.*, pág. 174

der e integrar a los demás. La personalidad autoritaria, tal y como Adorno ponía de manifiesto en *The Authoritarian Personality*, conlleva un grado mínimo de auténtico amor vivido, al tiempo que una especie de glorificación estereotipada, impregnada de resentimiento e «invadida por la sensación de haber sido su víctima». La hostilidad queda reprimida; la obediencia y disciplina padecida en su relación parental es proyectada y vertida hacia el exterior. De ahí que la personalidad autoritaria sea por una parte muy conformista, incapaz de reconocer en gran número de ocasiones sus tendencias impulsivas y debilidades, pero al mismo tiempo autoritaria y violenta hacia los que representa como amenaza²⁴.

Lo determinante, sin embargo en el rechazo del Otro, es el tipo de exclusión existente en cada momento. No es lo mismo un racismo fragmentado, v.g., tanto en la dimensión cuantitativa como cualitativamente, que el racismo que alcanza las instancias políticas y cuenta con su anuencia y apoyo.

En su vertiente fragmentaria, el racismo puede inducir y originar actos violentos, acceder y hacer acto de presencia en las instituciones, así como penetrar y hacer fuerza en las ideologías. Principalmente puede contribuir a ampliar el espacio y la virtualidad de los prejuicios. Pero cuando realmente se manifiesta en su crudeza y descarnado el racismo o la xenofobia, es cuando acceden al plano político. Sin el apoyo institucional y la implicación de movimientos políticos, podría decirse que en términos generales no llega a ser una auténtica fuerza movilizadora²⁵.

Y es que el racismo y la xenofobia políticos legalizan actos y prácticas que antes podían existir, subsistir, pero ahora se ven albergadas y protegidas por un hábitat que permite, posibilita y facilita su desarrollo impunemente. Y es que la dimensión política permite superar la distancia que en el racismo fragmentado, separa al universo del pensamiento, ideas y creencias, del mundo práxico de la realización, acción y respectivas. Como señala Wieviorka, «al eliminarlas crea las condiciones para una nueva dinámica... el fenómeno puede convertirse en una fuerza irresistible, una lógica de acción ilimitada y sin fronteras»²⁶.

En ese contexto la aparición de la violencia, es un efecto inmediato, que se considera a sí mismo incluso legitimado. La motivación en cualquier caso es siempre clara: la esperanza de obtener algún beneficio para los protagonistas, ya sea a corto o largo plazo. Es la percepción de la amenaza, representada en el chivo expiatorio. Y todo ello en un contexto deficitario respecto a puntos de referencia sociales y culturales.

Sin embargo ya sea fragmentada o más contun-

dente y articulada, la violencia racista y xenófoba siempre se ampara y guarda una estrecha vinculación con el *hábitat* político en el que se expresa. En el primer caso será más espontánea, impulsiva, desorganizada y aparece principalmente en momentos y lugares de relajamiento en los controles sociales y políticos²⁷. En el caso de la violencia racista política se advierte cierta articulación, no es aleatoria sino estructurada, ordenada ideológicamente, canalizada e instrumental. Afortunadamente no siempre tiene lugar continuidad entre ambas, y la distancia o cesura, a pesar de sus lamentables manifestaciones, en uno y otro caso, es ostensible²⁸.

IV. PROPUESTAS DE RACIONALIDAD ETICA

Si queremos evitar que la maldición bíblica caída sobre Caín «errante y vagabundo vivirás por la tierra» se extienda cada vez a quienes sin ser caínes se ven en la necesidad de alejarse de las sombras que viven y amenazan su país en busca de luz y calor que les permita cuando menos sobrevivir, probablemente deberemos ser conscientes con Foucault que Occidente ha elaborado y vivido tradicionalmente una moral humanista cuyo discurso giraba verbalmente sobre el hombre, como uno de los ejes centrales de su cosmovisión. Sin embargo, tal y como advierte explícitamente «Lo que me asusta del humanismo es que presenta cierta forma de nuestra ética como modelo universal para cualquier tipo de libertad. Me parece que hay más secretos, más libertades posibles y más invenciones en nuestro futuro de lo que podemos imaginar en el humanismo»²⁹.

Foucault en sus obras últimas sobre la genealogía del poder, ha puesto al descubierto con desafiante e inequívoca claridad, la aviesa instrumentalización política del poder y sus ilimitados recursos para trazar las líneas que delimitan lo normal de lo anormal, así como para producir los correspondientes procesos de normalización. También la moral requiere explicitar su singular genealogía para mostrar quienes pueden conformar el bien y establecer la línea divisoria sobre el mal.

De ahí que el problema de la xenofobia y racismo, una vez determinado, y precisado, requiere en un segundo momento iniciar los procesos de desactivación, o deconstrucción. Y en ese contexto a falta de iniciativa, la pasividad corre el riesgo, o mejor incurre, en complicidad por omisión. Sería por todo ello deseable que tanto pensadores, escritores, docentes, así como organizaciones independientes y poderes institucionales se planteen la conveniencia

²⁴ Adorno, pag. 68.

²⁵ Wieviorka, pág. 105.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibidem*, pág. 162. Cuando se desata la violencia racista, tal como señala Allport, previamente se han dado ya una serie de pasos previos, que sintéticamente podrían describirse como sigue: en primer lugar enjuiciamientos a priori sobre el grupo víctima. Un segundo momento de quejas, críticas, sospechas, etc., sobre dicho grupo. A continuación una manifiesta discriminación en el plano no ya teórico, sino práctico, de acción. A lo cual sigue un incremento de la insatisfacción que va generando cuotas de irracionalidad y exasperación, que preludian una fase explo-

siva. A lo que hay que añadir la capacidad seductora de determinados grupos que son capaces de imantar esa energía en una dirección determinada. Además el refuerzo psicológico por el ánimo y apoyo que perciben al advertir que sus pautas justifican la acción. Por último solo falta la ocasión, es decir, la oportunidad o circunstancia de un evento, real o inventado, en el que el rumor desempeña un papel fundamental. Gordon, W. Allport. *The Nature of Prejudice, op. cit.*, págs. 57-58. Cf. Wieviorka, *op. cit.*, pág. 164.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Tecnologías del yo, op. cit.*, pág. 150.

y necesidad de sacudirse la indolente indiferencia que a veces puede ser interpretada como pusilánime complacencia.

En última instancia se trata de superar el ámbito de lo privado y evitar quedarse en discurso argumentativo, descalificatorio y crítico verbal. Es preciso *invertir* la lógica de la acción-inacción. Y en lugar de limitarnos simplemente a no sentirnos culpables en la medida en que no discriminamos, se trataría además y principalmente de obrar responsablemente poniendo los medios a nuestro alcance para obligar e impedir que otros realicen o puedan ejercer discriminación.

No podemos dejar de ser conscientes, que como señala Aranguren la otredad, entendida con el sentido de alteridad, «también puede y debe enriquecernos»³⁰. Y es que desde una perspectiva social y cultural, no cabe pensar que la respectiva identidad pueda constituirse y desarrollarse de espaldas a una dialéctica de la alteridad³¹. Se trata de saber apreciar y valorar la diferencia. Aunque quizás convenga reparar en que ese conocimiento presupone también una educación en diversidad que permita y propicie actitudes de respeto, flexibilidad, y en definitiva tolerancia.

También los hábitos culturales se aprenden, se adquieren y se practican. Y quizás nos falta en el presente siglo por nuestras experiencias de emigración hacia otros países, hábitos o tradición histórica de acogida y generosidad. De ahí la relevante función social que puede desarrollar, en este terreno, el ámbito educativo.

Para lo cual será preciso evitar edificar, como apunta claramente Deleuze, espacios cerrados en los que a veces se constituyen las escuelas, y que derivan directa o indirectamente de un modelo educativo disciplinar. La necesaria plasticidad que debe ser un factor decisivo en el proceso educativo, ha de posibilitar la adaptación de los respectivos centros al ritmo de cambios que actualmente impone la sociedad intercultural de finales de siglo. De otro modo la falta de respuesta adecuada y en el momento preciso, puede provocar lamentablemente que ya desde la base «la más mínima irrupción de un fenómeno de alteridad radical los desequilibre»³².

Claro que el esfuerzo de integración no debe recaer sólo sobre una de las partes afectadas. Integración implica compromiso y aproximación de ambos lados, para evitar cualquier polarización. Así tras la escuela debe proseguir la adecuada incorporación al mundo laboral y social. En el mercado del trabajo compitiendo en iguales condiciones y sin discriminación. En el espacio social, evitando endogamias o segregación a uno y otro lado, de movimientos de instinto gregario.

Las palabras de P. Neruda en *Navegaciones y regresos* pueden ser elocuentes también a este respecto «Sin mesa dónde vamos a comer, ¿donde nos sentaremos ni no tenemos silla? Si es una broma triste, decídanse, señores, a terminarla pronto, a hablar en serio ahora. Después el mar es duro. Y llueve sangre»³³.

³⁰ «El Yo, el sí mismo, el otro y El Otro» en *Revista de Occidente*, *op. cit.*, pág. 11

³¹ Imbert, G., «El descubrimiento de la alteridad en la sociedad europea». *Rev. Occidente*, *op. cit.*, pág. 7.

³² Guillaume, M., «El otro y el extraño». *Rev. Occidente*, 1993, *op. cit.*, pág. 56

³³ Barcelona, Bruquera, pág. 21.